

Pedrito: recuerdos premonitorios

Mirar atrás es volver a los recuerdos. Volver al tiempo que ha crecido y borrado muchas de nuestras vivencias cotidianas, que van siendo sepultadas por la vorágine del presente y por la inquietud que genera la incertidumbre del futuro. Mirar atrás reporta indudables satisfacciones, pero también inevitables nostalgias. Mirar adelante siempre supone un reto, un desafío y una obligación para seguir viviendo.

La noche es diáfana, clara como la Luna que ilumina el cielo de Abades. El viento agita las hojas de las palmeras, quemadas por la brisa y la maresía, del jardín de nuestra placita. Al otro lado de la calle, las tenues rayas de luz a través de la persiana del dormitorio, desvelan que Juan Antonio y Lucía Montserrat, Juan y Montse, descansan. Muy probablemente relajan la jornada de trabajo disfrutando de la visión de un partido de fútbol entre el Barcelona y otro equipo adversario... en el que Pedro Rodríguez Ledesma acaba de marcar un gol. Han visto la escena muchas veces, pero cada gol de Pedrito son instantes de felicidad. En ese momento se apaga la luz y les vence el sueño, porque no hay mejor sedante para unos padres que ver triunfar a sus hijos, en este caso, viéndolo jugar al fútbol, como siempre quiso, y además en el equipo de sus sueños, el Fútbol Club Barcelona, el Barça de sus amores.

De repente, me doy cuenta que también yo estoy soñando, sentado en el pequeño porche de mi casa, removiendo recuerdos de cuando las calles eran de tierra y el lugar donde ahora crecen las palmeras, era solo una escombrera embarrancada, por la que frecuentemente se perdía la pelota en nuestras improvisadas pachangas futboleras: ¡Cómo pasa el tiempo y cómo ha cambiado el entorno desde que nos convertimos en vecinos! No había nacido Pedrito, sin duda el vecino más mediático, que ha proyectado al mundo deportivo el nombre de esta pequeña localidad costera de Tenerife, islas Canarias.

Parece que fue ayer cuando las familias nos conocimos. Entonces asentábamos sobre la rústica tosca de pumita los cimientos de nuestras respectivas casitas, en torno a la calle La Baja en la recién inaugurada urbanización de Los Abriguitos (Abades) en el litoral de Arico. Desde el primer momento brotó la simpatía y el respeto mutuo, a pesar de nuestras actividades profesionales muy diferentes, pero en ambos casos unidos por los valores de la humildad, el trabajo y el esfuerzo de superación, como principios irrenunciables de nuestra mutua conducta. También compartimos el hondo sentimiento de solidaridad familiar, arraigada en el común origen de nuestra recia cultura popular, más acostumbrada a compartir sacrificios que a repartir prebendas.

Esas son las coordenadas primeras en las que ahora enmarco los recuerdos de nuestra afectuosa amistad, forjada en los encuentros de fin de semana, cuando ellos desde Taco y nosotros desde Santa Cruz, acudíamos a disfrutar de la playa en Abades y, cómo no, a trabajar en las casitas, que poco a poco se consolidaban. “Estoy deseando ponerle el techo y las puertas, para venirnos a vivir aquí, donde la

abuela (doña Esperanza), que vive con nosotros, todavía nos puede echar una mano con los niños y los dos podemos salir a trabajar, aprovechando la situación más favorable de la actividad turística en el Sur de la isla”. Nos decía entonces Juan Antonio, siempre preocupado por buscar un futuro mejor para estos “chicos”: Jonathan y Jessica, y el que viene en camino, señalando para la embarazada Montse, que pronto daría a luz a Pedrito durante el verano de 1987.

Hablar con Juan Antonio es abrir un libro sinfín de anécdotas. Detrás de su aparente rusticidad, se esconde una inteligencia natural fuera de lo común, cuya mejor forma de expresión la encuentra precisamente en la detallada forma de contarnos sus vivencias, siempre salpicadas de reflexiones personales llenas de sentido común. Con una gran capacidad tanto para asumir la crítica como para ejercerla, siempre en un tono ameno y comprensible, su discurso, práctico por lo evidente, puede llegar a resultar realmente admirable. Ese saber decir las cosas, sin alteración aparente, restándole importancia a lo erróneo de las mismas, subrayando la conveniencia de corregir subliminalmente lo inadecuado o aparentemente incorrecto, se convierte en arte innato de su peculiar modo de ser. Una característica personal que él atribuye al carácter pragmático y sacrificado de su madre, doña María Benítez, que con su tesón arrancó la familia de la situación difícil que por entonces vivía Fuerteventura, isla en la que “ni siquiera las cabras encontraban yerba pa’ comer”, persiguiendo el trabajo y buscando mejor porvenir, animando a su padre, Pedro Rodríguez, a venir a Tenerife en 1959.

Ha sido así, en ese ambiente familiar y humilde, siempre honesto y respetuoso, en el que he visto crecer como persona y como deportista a Pedro, al que me resulta incómodo no seguir llamándolo aquí Pedrito. La circunstancia de que David, mi hijo, fuese coetáneo de su hermano Jonathan, favoreció además que desde muy pronto saliésemos juntos de excursión, y obligó a Pedrito a “crecer” más rápidamente y, muy posiblemente sin ser consciente de ello, a desarrollar su innato espíritu competitivo, pues para nada le gustaba quedar el último cuando salíamos a caminar, o que se le vetase en las competiciones o juegos infantiles, porque “tú todavía eres pequeño”.

Una de nuestras excursiones clásicas era, todavía para mí lo son, la subida a la Montaña Centinela, un cono volcánico próximo a Los Abades, declarado por la Ley Canaria de Espacios Naturales Protegidos, Monumento Natural. Con una altura de 275 m, ascender a su cima por la ladera que mira al mar supone cierta dificultad, debido a su pronunciada pendiente, que en el tercio superior supera los 45°. El ascenso se ve premiado al final por una magnífica vista sobre nuestra urbanización y, más ampliamente, en general sobre toda la Punta de Abona, alcanzándose a ver los días claros la mayor parte del sudeste insular, desde la Punta de Antequera, al nordeste, hasta más allá de la Montaña Roja en las inmediaciones de El Médano, cuando dirigimos nuestra vista hacia el suroeste.

La Montaña, cubierta de hermosos tabaibales, entre los que destacan algunos cardones característicos de la vegetación xerófila costera, presenta sus laderas labradas por cárcavas de erosión que dificultan tanto el ascenso como el descenso. Recuerdo como en una de nuestras visitas, cuando apenas sabía

caminar, Pedrito se empeñó en acompañarnos. Sólo tuve que ayudarlo a salvar un par de dificultades, y cuando lo cogía en brazos para ayudarlo, inmediatamente salvado el obstáculo, me pedía que lo bajara, pues no soportaba que los mayores le echaran en cara tal ventaja. Cuando alcanzamos la cima, sin poder disimular su orgullo me soltó: “ha visto D. Pedro, como sí podía subir”. Me he recreado en esta anécdota por el significado de esta montaña para los vecinos de Abades y, sobre todo, porque retrata la firme voluntad, la capacidad de esfuerzo y el afán de superación que desde muy pequeño mostraba Pedrito.

Con semejante actitud lo recuerdo cuando frente a la casa, con la calle todavía de tierra y sin tráfico, organizábamos nuestros partiditos y él, sin apenas superar la altura del balón se involucraba en el juego como uno más, mostrándonos su extremada habilidad. En más de una ocasión nos hacía un caño a los mayores, que jugábamos de defensa-porteros, y lejos de recrearse en la acción, no paraba hasta que envuelto en la pelota traspasaba la línea de portería, para entonces celebrar con éxito y formas de profesional el gol. Tras esas acciones, en absoluto casuales, era cuando todos nos mirábamos y exteriorizábamos nuestra convicción de que sus cualidades y habilidades iban hasta más allá de lo normal. Era entonces cuando Juan Antonio, siempre más generoso con los demás que con él mismo, que también jugó de portero en las categorías inferiores del fútbol regional, reclamaba para el abuelo materno, Juan Ledesma, los méritos de pedigrí: “este va a ser como el abuelo, un artista con el balón en los pies”. No se equivocaba.

Ya por esa época Pedrito era jugador del Barça. No lo recuerdo vestido con otra camiseta. Siempre lo recuerdo orgulloso con su balón y camiseta blaugrana, que le cubría hasta las rodillas. Jugaba en bañador, con la espalda desnuda, casi negra, tostada por el sol de Abades, o enfundado en su camiseta profesional, que le renovaban anualmente los Reyes Magos. Con tal facha lo recuerdo ver andar por la calle, unas veces contento porque había marcado un gol en el campo polideportivo de la urbanización, y otras regresaba lloroso porque los mayores no lo dejaban jugar, o hartos de sus diabluras con el balón le habían hecho una entrada antideportiva y volvía con los codos pelados por el asfalto o sus canillitas doloridas por la patada: ¿Qué te pasó Pedrito? Siempre duro, se secaba las lágrimas y entraba avergonzado para la casa a buscar el calor materno. Al momento salía, pintarrajeado por la mercurina, camino de nuevo al “poli”. Al mismo lugar donde minutos antes se había dejado la piel, al actual polideportivo “Pedro Rodríguez Ledesma”: ¡Quién lo diría entonces!

Más recientemente, el día en el que el Ayuntamiento de Arico, por ese tiempo presidido por el alcalde D. Eladio Morales, realizó el acto oficial de tal reconocimiento, bajo un sol inclemente y con el polideportivo abarrotado por los vecinos, le recordé esta anécdota infantil. Nos fundimos en un abrazo y a través de una mirada cómplice, atragantadas las palabras por la emoción, a los dos se nos humedecieron los ojos... El mismo día, tras la intensa mañana soleada, por la tarde debía cumplir con un compromiso en Arico: los antiguos compañeros y amigos de colegio le habían organizado un partido-homenaje, en el que debía participar, para recordar los viejos tiempos. La tarde se había nublado y antes de subir le dije: “Pedrito: después de tanto sol, el frío te va hacer daño, recuerda que

ahora eres un profesional que no debe exponerse a riesgos innecesarios”. Ya lo sé don Pedro, además me está picando la garganta, pero yo a esta gente no los puedo defraudar de ninguna manera. Regresó del partido con fiebre, preocupado pero satisfecho por haber saldado su compromiso: “Estaría peor si no hubiese ido, ahora una aspirina y a sudar en la cama”. Ese es el Pedrito sencillo y responsable, que nunca falla a los suyos.

Me gustan todos los deportes, hasta el extremo de considerarlos fundamentales para la educación y el desarrollo equilibrado de las personas. Bien por falta de condiciones, de oportunidades o de dedicación, nunca he pasado en ninguno de mero practicante aficionado. El fútbol no ha sido una excepción. Me gusta ver un buen partido, como me gusta el ciclismo, la natación, el tenis, etc. Incluso en alguno de ellos hago “pinitos semanales” para romper el sedentarismo. Tal vez por ello nunca he sido forofo de ningún equipo. Es más con frecuencia “soy del equipo contrario al del amigo con el que se discute”. Así actuaba con Pedrito y ahora lo hago con su madre y con su hermano; su padre más socarrón, y que me conoce, pragmático, no me hace caso. O lo que es peor, fiel a su estilo conciliador, me ataca dándome la razón: “claro, está bien que sea del Madrid, que es el equipo de los catedráticos, porque es allí donde se mueven los papeles”.

Pedrito, entonces, no actuaba con tanta “diplomacia” como su padre y cada vez que ganaba el Barça se encaramaba en la portada a restregarme el resultado. Eso sí, siempre respetuoso, algo que me llamaba poderosamente la atención, porque lo mortificaba en extremo. Así era y es Pedrito, firme en sus convicciones y sumamente educado en el trato. Cuando dejábamos el fútbol de lado y, fruto de mi deformación como profesional de la enseñanza, le inquiría acerca de cómo iban las cosas en el colegio, adoptaba una postura especialmente seria y siempre me contestaba lo mismo: bien don Pedro, bastante bien, todo aprobado ¿Sólo aprobado? No, también tengo notables y sobresalientes, en matemáticas siempre tengo sobresaliente. Pedrito no sólo era bueno jugando al fútbol, también era un buen estudiante, listo y aplicado. Ahora cuando regresa y lo reclaman de muchas partes de la isla para mostrarlo como referente humano y deportivo en las escuelas o colegios, siempre le recuerdo que destaque esa dualidad personal que él atesoraba: deporte y estudio no tienen porqué ser incompatibles, evidentemente hasta que se alcanza un cierto nivel, en el que siempre toca discernir y priorizar. Para entonces conviene que los argumentos sean moderadamente sólidos.

Los sentimientos nos invitan a recrearnos más en la nostalgia del pasado que en la incertidumbre del futuro. Pero el tiempo no tiene clemencia, como también tiene límite el espacio razonable para trazar estas breves pinceladas, que pretenden relacionar la trayectoria premonitoria de Pedrito respecto a su destino en el Barça. Pocas veces los sueños infantiles se convierten en realidad, como si del cuento de la Cenicienta se tratara.

La infancia de Pedrito transcurre a caballo entre su barrio natal de San Matías, en Taco, y las estancias cada vez más prolongadas en la casita de Abades. Por entonces la empresa en la que trabajaba su padre, dedicada a la carpintería de aluminio, llevó a cabo lo que ahora con matices eufemísticos se denomina un

“expediente de regulación de empleo”, que dejó a Juan Antonio en el paro, con una familia necesitada de la remuneración mensual que percibía por su trabajo. Fueron tiempos difíciles, en los que a pesar de lo cual “siempre nos las arreglamos para que todos pudiésemos comer y no perder la esperanza para conseguir un nuevo trabajo”, suele recordar con su habitual parsimonia Juan Antonio, mientras compartimos frente a “un cubata” el éxito personal de Pedrito, “que es de él, no mío; uno ya es un pobre hombre, que simplemente disfruta viéndolo triunfar contento... sin subírsele los humos a la cabeza”. Ese es Juan Antonio, “el padre de Pedrito”, como a él le gusta presentarse, modesto y campechano.

Las mayores posibilidades de encontrar trabajo en el Sur de la isla arrastran definitivamente la familia a su nueva residencia en Abades. Mientras se estabiliza la nueva situación laboral de sus padres, Pedrito se incorpora al colegio, donde sin desatender sus labores de estudiante destaca por su habilidad con el balón. Sus capacidades y esfuerzo por hacerlo cada vez mejor, no pasan desapercibidos para nadie medianamente interesado en el deporte. Siempre competitivo y ya claramente definidos sus gustos por el fútbol, es vinculado a las categorías infantiles del San Isidro, del municipio de Granadilla, equipo que lo apadrina y desde donde lo capta el Barça para llevárselo a culminar su formación deportiva en La Masía.

Recuerdo la ilusión y el comprensible nerviosismo con el que Juan Antonio y Montse nos dieron la noticia: “se nos va Pedrito para Barcelona” – ¿De viaje con los compañeros del instituto? – No, se ha interesado el Barça, parece que les ha gustado a los técnicos encargados de estos menesteres para el equipo. Estamos contentos, pues el fútbol siempre ha sido su ilusión... además en el Barça, pero también preocupados, ya que es la primera vez que se separa de nosotros, nos dice angustiada su madre. – Está claro, esto estaba escrito, seguro que La Moreneta le ayuda, el siempre fue un forofo del Barça y su madre se llama Montserrat, como la Patrona catalana ... ¡Cómo me alegro, ya verán cómo le va bien y dentro de poco lo vemos jugando al lado de sus ídolos!, les contesté eufórico, aún siendo consciente de que la cosa no sería fácil, como tampoco lo iba a ser separarse de su familia, de sus amigos, de su polideportivo, de su playa de Abades... Ni lo duden, es su futuro, no hay que desanimarlo; es su oportunidad: ahora o nunca.

Parece que fue ayer cuando menudito y con los ojos aguados vino a despedirse, el día antes de marcharse. Al día siguiente, cuando oí encender el jeep Musso a su padre para llevarlo al aeropuerto, no tuve fuerzas para salir a decirle adiós. Era un momento especialmente emotivo. No era un viaje a San Isidro, como tantas veces los había visto salir y llegar contentos, porque el partido había ido bien: sí, ganó el equipo, decía con toda naturalidad, restándole importancia a que era él quien muchas veces había marcado el gol decisivo. Esta vez el viaje era más largo y los retos y las incertidumbres mayores.

Para nosotros las semanas pasaban volando, seguro que para él los primeros meses alejados de su Tenerife natal se hicieron años. Profesionalmente estaba contento, pero humanamente le aplastaba la morriña y le asaltaban las dudas de si

realmente tal sacrificio llegaría algún día a tener recompensa, pues “hay muchos compañeros en La Masía, y todos son buenísimos”... Seguro que cómo tú no hay muchos, le decía para animarlo, cuando los domingos por la tarde me dejaba el teléfono su padre, cuando dado paseítos en la terraza de su casa, le transmitía calor y cariño desde la distancia: “ahora al principio claro que te cuesta mucho adaptarte, pero ya verás como poco a poco te acostumbras y no nos echas tanto de menos... recuerda lo que siempre te decía don Pedro, nadie regala nada, en la vida todo cuesta trabajo; haz caso a las personas que enseñan, sigue estudiando como hacías aquí, no pierdas el tiempo, que de una u otra forma, el esfuerzo traerá la recompensa”.

Al principio, no resultaba fácil colgarle el teléfono. Pero la vida sigue su curso y, predestinados o no, todas las personas estamos obligados a recorrer nuestro sino. Pasaron los primeros meses y, progresivamente, la morriña daba paso a otras preocupaciones, como tratar de compaginar los estudios de bachillerato con los entrenamientos cada vez más exigentes, al pasar de los equipos juveniles a las divisiones profesionales. Como suele suceder, casi sin darnos cuenta Pedrito se hace mayor, personal y profesionalmente y como buen “canario” toca emprender nuevos vuelos, que por ley de vida nos distancian del nido, al que se recuerda y se añora, pero del que se depende menos, especialmente cuando las cosas van bien.

Nuestra relación con la familia sigue siendo la de siempre, lo mismo que nuestro afecto para con Pedrito, al que por razones obvias vemos cada vez más esporádicamente y el contacto es menos directo. En su trayectoria vital suceden dos acontecimientos que, más por intuición que por razón, se me antojan decisivos en su trayectoria personal y profesional. Primero, aparece en su vida Carolina Martín Sánchez, su novia, que junto con sus padres le arropan y le dan calor familiar en Barcelona, su nueva tierra adoptiva, lo que sin duda ha supuesto un plus de afecto y estabilidad determinantes. Segundo, en el aspecto profesional, no menos determinante ha sido la figura de Pep Guardiola, que además de su entrenador en el equipo B, lo arrastró con él al equipo de la primera división, en el que debutó como titular en enero de 2008. No sirve de mucho especular ahora con la hipótesis de qué hubiese sido de nuestro Pedrito de no haber mediado esas dos circunstancias, pero no parece descabellado exponer el que ambas han tenido un protagonismo primordial en su vida, como persona y como futbolista.

Tras su debut en el primer equipo del Fútbol Club Barcelona y, poco después, en la Selección Española, la historia de Pedrito es grande y pública. Son muchos los que la conocen mejor que yo, y disponen de mejores fuentes de documentación y dotes literarias para contarla. Entre tantos títulos y momentos estelares, sólo destacaré dos pasajes de índole netamente diferente, pero ambos muy emotivos.

El primero, de carácter íntimo, lo sentí cuando en su primera vuelta a Tenerife, tras debutar en el primer equipo, apareció por casa con su camiseta titular en la mano y me dijo: “No he estado nunca en La Palma, me haría mucha ilusión poder llevarle personalmente este regalo a doña Socorro; no he olvidado sus carantoñas y golosinas con las que me obsequiaba cada vez que venía por Tenerife”. Socorro es mi madre, que reside en La Palma y, por razones de movilidad, ya tiene serias

dificultades para viajar. No le podrías hacer un regalo mejor, le respondí conteniendo la emoción, al ver que a pesar de la distancia y el paso del tiempo, seguía viva la gratitud y nobleza que siempre le caracterizó desde niño. Dos días después, sacrificando sus apretadas vacaciones tinerfeñas, junto con su novia Carol, con mi hijo David de cicerone, descubrieron la isla y sembró la felicidad en nuestro hogar familiar con su visita.

El segundo, fue el día en el que en el Auditorio de Tenerife, dedicado al fallecido presidente don Adán Martín Menis, recibió de manos del actual, don Paulino Rivero Baute, la medalla de oro de Canarias al mérito deportivo. Tras las palabras, brillantes por cierto, de los intervinientes previos, le tocaba a Pedrito pronunciar las suyas, que nervioso se removía en su asiento y tomaba sorbitos de agua, esperando su turno. Previamente, contagiado por la solemnidad del acto y la confianza que a él me une, le había preguntado si había escrito algo, a lo que me contestó que no, que sólo diría unas palabras con lo que se le ocurriese sobre la marcha. No le quise contagiar mi preocupación, que mantuve hasta que con un aplomo y familiaridad envidiables, pronunció unas sencillas y medidas palabras de gratitud por el galardón recibido, a las autoridades responsables, a sus familiares canarios y catalanes, a sus amigos y un recordatorio muy especial para quienes habían sido sus compañeros y entrenadores tanto en el San Isidro como en el Barça. La sencillez y humildad de un futbolista estelar, campeón del mundo, cautivó a todos los asistentes que le brindaron una emotiva y merecida ovación, en medio de la cual, alguien gritó: ¡bravo, gracias por ser así!

Ya sé que la “fama” no resulta fácil sobrellevarla y menos cuando sin proponértelo te has convertido en un referente para una juventud, necesitada de ideales y del espíritu de sacrificio con el que se te identifica. Cuando se está en la cima, la tentación de querer seguir escalando lo imposible, ha llevado a muchos campeones a hacer locuras o disparates, olvidando que a las cimas siempre se llega por laderas, tanto más difíciles cuanto más alta sea la cota alcanzada. Los buenos escaladores saben que si difícil es la subida, más prudente debe ser la inevitable bajada, que antes o después toca, pues la cima, como la felicidad, siempre es fugaz. Mejor si el descenso tarda en llegar, pero cuando toque, que ha de tocar, ojalá lo asumas tan bien como has digerido el ascenso.

Mientras cierro estos párrafos en Los Abades, la tarde del domingo 11 de diciembre -2011-, me entero que, eufóricos por la victoria de ayer en El Bernabéu, de nuevo vuelas alto junto a tu Barça, camino del Mundial de Clubes en Japón.

Enhorabuena y suerte, que todos la necesitamos en la vida.

Pedro L. Pérez de Paz

Catedrático de Botánica. Universidad de La Laguna

www.pedroluisperezdepaz.es